

El desvelo por la evaluación.

Aproximaciones y reflexiones sobre la práctica evaluativa de los docentes en Educación Física.

Gisande, Christian

Universidad Nacional De La Plata

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Departamento de Educación Física

christiangisande@gmail.com

I. RESUMEN

El presente trabajo fue pensado en el marco del 13° Congreso Argentino y 8° Latinoamericano de Educación Física y Ciencias. En él, intento plantear una crítica a cierto posicionamiento acerca de la evaluación, concebida para la aprobación de algunas asignaturas.

En síntesis, se trata de poner el foco del análisis en una mirada acotada del significado de la evaluación, que la subsume a la ejecución de pruebas, y que, en base a las calificaciones obtenidas implican la promoción de la materia, sin tener en cuenta otro argumento. Por el contrario, mi objetivo va a ser analizar y reflexionar críticamente desde mi experiencia como alumno, sobre los inconvenientes que trae aparejada la práctica evaluativa ejecutada por los docentes, con especial énfasis en Educación Física.

En mi participación como colaborador en un proyecto de investigación presencie la entrevista a un profesor de educación física, durante la misma algo resonó en mi cabeza. Cuando se le preguntó al sujeto qué aspecto de la educación física lo motivaba a investigar, él respondió: “Me desvela la evaluación”

Con este disparador, y a lo largo de este trabajo, buscaré responder: ¿qué hace que la Evaluación sea motivo de no conciliar el sueño en los profesores de Educación Física?

PALABRAS CLAVE: Evaluación. Prácticas de la Enseñanza. Juicios de valor. Ética

II. INTRODUCCION

En mi participación como colaborador en un proyecto de investigación, presencié una entrevista a un profesor en Educación Física. El mismo, contaba con 18 años de experiencia como docente y actualmente se desempeña como profesor de secundaria. Durante la entrevista, hubo algo que particularmente me hizo ruido, que resonó en mi cabeza. Cuando se le preguntó al sujeto qué aspecto de la Educación Física lo motivaba a investigar, a leer, él respondió: “Me desvela la evaluación”. Su inquietud se fundaba en la inseguridad de saber si era justo o no a la hora de calificar a sus alumnos, si realmente estaban bien los criterios que utilizaba para evaluarlos.

Ese desvelo me hizo recuperar recuerdos de mis años como estudiante del colegio secundario en el Normal 3 de La Plata. Mis clases de Educación Física en ese entonces eran divididas por sexo y se realizaban en contra turno en el C.E.F. N° 2. Estas estuvieron a cargo del mismo profesor durante los tres años que duro el bachillerato. La modalidad de las clases fue siempre igual, en el primer día el profesor se presentaba, nos contaba que aspectos del atletismo trabajaríamos a lo largo del año, y comentaba qué era lo que iba tener en cuenta a la hora de poner la nota final enumerando como criterios: las llegadas tardes, cantidad de faltas, comportamiento en clase, la participación, y los resultados que obtengamos en las pruebas de atletismo que se desprendían de los contenidos de las clases. Al acercarnos al final del trimestre, comenzábamos a prepararnos para el momento de la evaluación, practicando las distintas disciplinas que habíamos estado desarrollando a lo largo de las clases. Ante esta situación, recuerdo que todos intentábamos superar nuestras marcas porque observábamos que anotaba en el listado de presente, las marcas que obteníamos en las pruebas previas al día de la evaluación. Aunque no supiéramos a quién miraba específicamente o qué observaba, y mucho menos qué anotaba, nosotros tratábamos de no cometer errores.

La última clase de cada trimestre, el profesor leía las notas que irían al boletín, sin saber nosotros a qué se debía la misma, ya que, como en otras materias, no teníamos un registro de un examen escrito u oral calificado para que tomemos como referencia. Recuerdo que un trimestre fue atípico por la cantidad de lluvias y días feriados que cayeron el día que realizábamos Educación Física, y solo ahí fue cuando tuvimos que estudiar el reglamento de atletismo para un examen escrito, porque en palabras del profesor, no tenía insumos para calificarnos.

III. DESARROLLO

Una mirada sobre el principio del problema

Si hay algo con lo que todos estaríamos de acuerdo, es que uno de los temas más controversiales en educación, tiene relación con la evaluación de los aprendizajes. Pero ¿qué hace que esto sea así?

Al repasar las instancias evaluativas que atravesé como alumno, podría afirmar que hoy en día aún existen, en los establecimientos educativos, procesos engorrosos emparentados con un concepto tradicional de evaluación

El problema que suscita en torno a la evaluación es su definición, ya que el término se encuentra atravesado por una pluralidad de definiciones que se entrecruzan, potenciadas por su aplicación en los distintos establecimientos educativos. Con esto quiero decir, que, al problema de la polisemia del término, se le agrega la falta de un criterio estandarizado por parte de los docentes; por el contrario, es común que cada docente aplique su propia concepción sobre lo que entiende como evaluación, causando así incertidumbre entre los alumnos. Si sólo se pretende darle significado a la actuación del alumno, sin la interpretación del contexto, negando todo lo que sucede en el mismo; no se puede hablar de evaluación propiamente dicho, sino más bien, de medición. En este sentido, estaríamos repitiendo una vez más la “injusticia” de asignarle al alumno un valor numérico, que parece ser de su exclusiva responsabilidad. De este modo, las instituciones educativas pueden producir y reproducir un modelo, que esté más atento, a los errores que, a los aciertos, que se preste más atención a descubrir problemas y déficit, que a resaltar valores y logros. La evaluación estaría adoptando así un carácter administrativo como explica Parenti (2015, p.221), un mero control de calidad para el producto de la enseñanza y el aprendizaje. Una vez más el alumno termina siendo calificado no por su desempeño general, sino por los resultados obtenidos en determinados aspectos instrumentales a evaluar. Solo es evaluado el estudiante, convirtiendo a la evaluación en un instrumento de poder.

Un problema de enfoque

Por lo general, cuando un tema es tan amplio como lo es la evaluación, para un mejor tratamiento es indispensable enmarcarlo, delimitarlo para poner el foco en el lugar indicado, teniendo en cuenta siempre el contexto. No resultará de la misma manera, una evaluación a un candidato por un puesto de empleo para saber si cumple con las expectativas del empleador, que una evaluación médica en medicina, que una evaluación sobre los mercados en economía. Con esto quiero decir que la evaluación puede tomar distintas vertientes, y siempre tendrá que ser el contexto el que delimite el enfoque del cual se partirá para evaluar. Cuando nos posicionamos en Educación un problema recurrente es la ubicación del foco; lo correcto no es que la evaluación se enfoque en castigar (Freire, 1993/2002, p. 31) por no haber alcanzado un contenido mínimo, sino que se debería evaluar para mejorar la acción de los sujetos. Si posicionamos el foco en castigar, estamos dejando de lado, el análisis de lo acontecido con el aprendizaje y la enseñanza; sumamente importante si comprendemos que de aquí se desprende la retroalimentación que se pueda entregar a cada estudiante a partir de ello.

Un ejemplo típico es cuando repetir de memoria un saber en una instancia de evaluación, concluye en una excelente nota, obviando si el contenido fue comprendido por el alumno o no. En este caso, en concordancia con lo esbozado por Freire, se estaría premiando la buena memoria del alumno, y por contraste, castigando a quienes no sean capaces de repetir palabras de autor, aunque demuestren una adecuada comprensión de los temas planteados.

Aquí se pone en juego la dimensión sociopolítica de la evaluación: se reproduce un ejercicio de desigualdad, al pretender comparar resultados utilizando los mismos parámetros de calificación. Entonces si nos limitamos solo a la evaluación de conocimientos, reproducimos la práctica de evaluación memorística; dejando de lado otros logros como: actitudes, destrezas, hábitos, valores; aspectos que hacen a la globalidad de la enseñanza y del aprendizaje. Una incoherencia inapelable presente, desde mi punto de vista, en casi todas las instituciones educativas, ya que se pretende que los alumnos comprendan la asignatura, pero se realizan exámenes de carácter rígido y memorístico. Aquí también hay que mencionar los casos donde los alumnos se preocupan más por estudiar los modelos de examen de años anteriores de X profesor, porque éste repite de manera automática año tras año el mismo esquema de evaluación. Hablamos de una interpretación errónea por parte del docente, ya que utiliza un mismo esquema de

evaluación como si todos fueran iguales, es decir sin poder adaptar los contenidos a las singularidades de cada alumno, y a un contexto siempre variable.

Enumerar estos enfoques y criterios incorrectos a la hora de evaluar, lleva a uno a entender por qué, para un docente preocupado por su desempeño, es un desvelo la evaluación. Sobre todo, cuando uno recuerda su experiencia como alumno, donde la evaluación, el examen, la prueba, el parcial, el final, todas estas instancias evaluadoras son recordadas en su mayoría (porque por suerte existieron excepciones) como momentos de temor, nervios, angustia; asociadas generalmente a sentimientos de sufrimiento, por estar enmarcadas en situaciones de poder y castigo.

El desvelo en la Educación Física: una aproximación a la calma

La responsabilidad del docente en Educación Física es mayor, ya que es una materia donde día a día se pueden observar resultados directamente visibles. Por lo general, la evaluación, se basa en alguna especie de comparación. Por ejemplo, comparaciones con otros alumnos poniendo las notas por contraste con el rendimiento de un alumno, con el resto de sus compañeros, o con estándares, o performances que deberían alcanzar por su edad. También es común calificar es en virtud del progreso alcanzado por cada alumno, es decir, comparar la situación inicial con la final.

Ahora bien, ¿Qué riesgos se toman si reducimos la práctica de la evaluación a una mera comparación?

En una breve anécdota relatada por el Profesor y Preparador Físico F. Signorini en su libro “Fútbol Llamado a la Rebelión” (Signorini, 2017) se narra una situación que vivió con Diego Armando Maradona, cuando éste lo contrató como su preparador físico personal, y creo que es un ejemplo más que indicado para desarrollar la idea que se viene desplegando en este trabajo. Signorini cuenta que cuando Diego jugaba en el Barcelona y lo designa como su P.F personal, decide ejecutar una serie de exámenes para establecer en qué condiciones estaba Diego y cuál era su entrenabilidad. Procedió así a realizarle el tan afamado test de Cooper. Al finalizar el mismo, se acerca a Maradona para realizarle las mediciones pertinentes, y éste, fastidioso y cansado, comienza a quejarse sobre la relevancia que tenía el examen; entonces el profesor le comenta que un jugador de elite debería recorrer alrededor de 3.400 m. y que él solo había alcanzado los 2.550 m., a lo

que Diego le replica preguntándole cuantos metros hacia él. La respuesta del profesor fue 3.200 m. sin saber que esta respuesta era la que Diego buscaba oír para responderle: ¡entonces el domingo jugá vos! (Signorini, 2017, p.80).

Esta fue para Signorini la primera gran lección que aprendió; y es para el fin de este trabajo, un gran ejemplo de la retroalimentación y el diálogo que debería existir siempre entre el alumno y el profesor. Imagínense que, si por el resultado de una evaluación que dio por fuera de la media en comparación, se le hubiera dicho a Maradona que no tenía las condiciones necesarias para jugar al fútbol, una verdadera incoherencia para aquel que es considerado como uno de los mejores jugadores de todos los tiempos.

Si los profesores en Educación Física solo nos limitamos a evaluar a nuestros alumnos por simples test o rendimientos, estamos dejando por fuera el análisis del contexto, negándonos a entender todo lo que sucede en él. No debemos quedarnos solo en la necesidad de calificar, debemos entender que una correcta evaluación implica necesariamente un proceso de comunicación y diálogo, donde se enfatice la retroalimentación, tanto para el alumno como para el profesor.

Por último, pero no menos importante, hay que destacar el valor de la autoevaluación. Tenemos que entenderla como un proceso de autocrítica, que, como sostiene Parenti, genera hábitos enriquecedores de reflexión sobre la propia realidad. Como en el relato, si Signorini no se hubiera sometido a una autoevaluación, y hubiese tomado los dichos de Maradona como algo más al pasar, no hubiera podido comprender la idea que ahora esboza, al decir que no deben prepararse a los jugadores de fútbol como atletas, sino que hay que prepararlos como lo que son, jugadores de fútbol (valga la redundancia). A veces los profesores se sitúan en el lugar de “yo sé más que el alumno”, desatendiendo las posibilidades de comunicación con los ellos, y desechando así la posibilidad de aprender de los errores; de esta manera se está volcando todas las responsabilidades del aprendizaje solo en los educandos.

En un ideal educativo deberíamos esperar que los docentes en Educación Física diseñen evaluaciones que apunten a que los alumnos construyan, y se apropien de los contenidos, que orienten su práctica evaluativa en diálogo con los educandos, que evalúen con responsabilidad, abordándola como la toma de conciencia sobre la función pedagógica que representa la evaluación, en relación con la enseñanza y el aprendizaje de los contenidos curriculares.

IV. CONCLUSION

Mi idea con este trabajo no fue criticar de mala fe a aquellos docentes que administran pruebas, y solo se dedican a promover alumnos en base a sus notas obtenidas. Por el contrario, mi objetivo fue el de analizar y reflexionar críticamente desde mi experiencia como alumno, y partiendo de la incertidumbre planteada por el de la entrevista antes mencionada, sobre los inconvenientes que trae aparejada la práctica evaluativa ejecutada por los docentes, con especial énfasis en Educación Física.

Como podemos apreciar, las distintas controversias en torno a la evaluación la transforman en una práctica para algunos tabú. Si nos posicionamos desde una mirada pedagógica y didáctica, debemos tener en claro, que la evaluación es intrínseca al proceso de enseñanza y de aprendizaje. Cuando se pierde de vista que tiene estrecha relación con dichos procesos, se ve distorsionada su función pedagógica.

Es posible creer en el desvelo que provoca este tema al profesor de la entrevista, cuando concebimos que la evaluación es un proceso inseparable y continuo del quehacer educativo, donde se emitirá un juicio sobre la calidad de los logros obtenidos por parte de los alumnos. A esto se le suma la dificultad de los múltiples enfoques que toma en los establecimientos educativos, resultando complejo arribar a un juicio valorativo, cuando consideramos que la manera de evaluar impactará directamente en la formación de cada individuo.

Por eso el profesor deberá analizar su práctica, ya que la forma de entender y abordar la evaluación condiciona los procesos de enseñanza y aprendizaje, lo que le permitirá incorporar mejoras a las propuestas pedagógicas para volver a someterlas a posterior análisis.

Como refiere Parenti, en la evaluación siempre estará presente la intencionalidad del evaluador; el autor afirma que, si la intencionalidad es pedagógica, la evaluación se desliga del control y se piensa para el mejoramiento. Es decir, es muy importante tener en cuenta el posicionamiento que tiene el docente a la hora de evaluar, ya que siempre quedará condicionada la práctica evaluativa a su accionar. Es transcendental que analice cómo se van desarrollando las enseñanzas y los aprendizajes, y de este modo incorpore

mejoras a las propuestas pedagógicas, aprovechando así la retroalimentación que se obtiene de todo el proceso.

También, debe ocuparse de valorar los progresos alcanzados en el plano cognitivo y afectivo, ya que no sólo estamos enseñando contenidos curriculares, sino que además estamos contribuyendo a la formación de los sujetos.

Debemos olvidarnos del concepto tradicional de evaluación, reducido a la calificación, de tanta trascendencia por las consecuencias que acarrea para el alumno, y considerar la evaluación como un medio de conocimiento y de ayuda. Así mismo se podrían pensar los criterios a la hora de evaluar en una negociación con los alumnos, para luego plantearlos; puesto que, cuando se le niegan explicaciones de dónde provienen las calificaciones, están desaprovechando, como sostiene Santos Guerra (1988, p. 37), un buen elemento de aprendizaje.

V. REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Freire, P. (1993/2002). *Cartas a quien pretende enseñar*. 2° Edición. Siglo veintiuno editores. Buenos Aires.

Parenti, C. (2015). *Evaluación*. (pp.220-226). En Carballo C. (coord.) *Diccionario Crítico de la Educación Física Académica. Rastreo y análisis de los debates y tensiones del campo académico de la educación física en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.

Santos Guerra M, Á. (1996). *Evaluación Educativa, un proceso de diálogo, comprensión y mejora*. 2° edición. Editorial Magisterio del Río de La Plata, Argentina.

Signorini, F. (2017). *Fútbol llamado a la rebelión, la deshumanización del deporte*. Corregidor deportes. Ciudad Autónoma de Buenos Aires.